

El Garbanzo

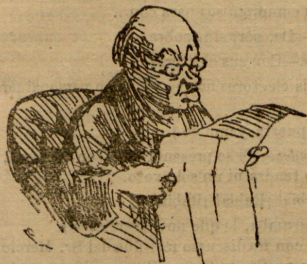
PERIÓDICO DE PRIMERA NECESIDAD.

Una olla por semana.

Un trimestre en Madrid, 5 rs.—Un trimestre en provincias, 6 rs.; un semestre, 11 rs.—20 rs. al año en toda España.—
Extranjero, 8 rs. trimestre, 14 semestre y 26 un año.—Un año en Ultramar, 40 rs.—Un número suelto atrasado, 4 cuar-
tos.—La correspondencia al Director, Magdalena, 19, principal izquierda.

Una indigestión cada ocho días.

TOTUM REVOLUTUM.



—Caracoles con los carlistas!



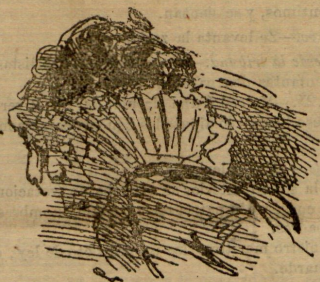
—Arrastrao, eres mas malo que un ministro radical!



*—Pero zeñó, aónde andarán los diputaoz?



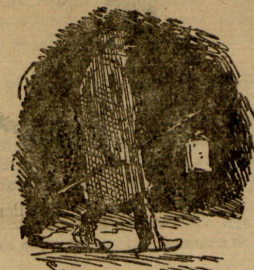
Asoma la gorda.



La situación se presenta como las voces de algunos cantantes, engolada.



Si me nombran padrino de lo que nazca!...



—Las dos y mediaaa... y carlistas!



—¿Has venido á divertirme?
—Y á cenar.



En Jovellanos.



Si se fijará en mí el señorito, hacia mi suerte.



El nuevo marqués de la Zalea.

LA SEMANA

Y... ¡morrocotuda semana, señores!

Han crecido los apuros, ha crecido la crisis, ha crecido el río Ebro, han crecido las partidas carlistas... ¡bendito sea Dios, y cómo crecemos!

Sobre todo las partidas carlistas ¡qué modo de crecer! ¡qué manera de progresar! Donde menos se piensa salta una partida con su cura al frente.

Y ¡gracias á que no tienen fusiles, ¡que si los tuvieran...! «¡Toma! Si tuviéramos fusiles—dice un corresponsal carlista—nos plantábamos en Madrid 30.000 hombres, en menos que canta un gallo!»

En fin, á falta de los 30.000 nos hemos tenido que contentar con la visita de D. Carlos, que dicen ha andado por ahí con dos canónigos de su guardia, lo cual que uno de ellos tiene un chirlo *salva la parte...*

¡Oh! si los asuntos de la Nación fueran tan bien como los asuntos carlistas, marchábamos viento en popa. Ellos ¡qué afortunados! hasta los obispos se les con-

vierten en mujeres espartanas, y uno de ellos ha escrito á Saballs una carta que termina con la frase «¡Sus! ¡al combate!»

En cambio nosotros al señor de Moriones ya le hemos remesado dos millones, habiéndose recibido acá tan solo la noticia de la derrota de Urzurbil, la del fusilamiento de un manojito de alcaldes, la de la expoliación de un ciento de pueblos...

¿Y de Topete y Serrano? ¡cuánto no podemos hablar! ¡ellos que son la conversacion del día!

¿Qué piensa el uno? ¿Qué opina el otro? ¿Conque Topete se aferra á la dinastía? ¿Conque Serrano se niega á aceptar el poder?

Peró á mí no me la dan, el uno ni el otro. ¡Ay de aquel si Montpensier le pone cuatro letras! ¡Ay de éste si Amadeo le dice que forme Gabinete! Por cierto que ya está en camino; ¡calcule Vd. que se ha marchado á Arjonilla! ¡conque digo...!

Ni un sólo paso hemos adelantado en la cuestion de padrinazgo. Se han verificado varias consultas, muchas conferen-

cias; se han hecho cábalas, se ha repasado la Guía de forasteros veinte veces: «Fulano es alto... Mengano es gordo... Zutano es rubio... Perengano es neo... este es demagogo... el otro es ordinario... el de más acá no quiere... el de más allá no queremos...»

Verán Vds. cómo, estando en esto, se presenta el príncipe, diciendo: «¿Se puede pasar?» y va á haber que decir al primero que pase por la calle: «¡Caballero! ¿Quiere Vd. apadrinar este chico?»

¡Qué opulencia de motines! ¡qué magnífica cosecha! Es por lo que me gusta mi patria. Aquí los motines se hacen como los buñuelos, y ¡con una perfección, Santo Dios!...

Y hemos tenido:

Motín de trabajadores en Ponferrada, y en su consecuencia se ha dispuesto que se les pague lo que se les debe.

Motín de presas en la casa-galera de Alcalá de Henares, y en su consecuencia se ha dispuesto que se les dé mejor rancho, y que se les añada la cantidad que hasta ahora se distribuía en un corral de pavos benedictinos.

Proyecto de motín en el regimiento infantería de la Reina, que está de guarnición en Granada. En su consecuencia se encalabozó y forma causa á todos los sargentos del regimiento.

Motín hecho y derecho en Antequera por la elección de un diputado provincial. En su consecuencia...
Y... ¡saque Vd. la consecuencia!

Estoy á punto de incluir entre los motines la huelga de panaderos y zapateros en Málaga; pero ¿es motín el que deje de hacerse pan en un país que ni para pan tiene? ¡No tal!

También ha podido ser motín el apedreamiento de los balcones de la casa de Superunda, si esa pedrea hubiera sido cierta; pero la misma *Correspondencia*, que nos dió la noticia, nos la niega, diciendo que «Lejos de eso, los citados señores son muy queridos.» ¡Dichosos ellos!

¡Ah, señora *Correspondencia*! Si á cada momento se equivoca Vd. en sus noticias, ¿cómo quiere que creamos las que nos dá todos los días?

Para acabar una crónica semanal, no hay medio mejor que el empleado por los novelistas para acabar las primeras entregas; á él apelo:

«Y se falsificaron los billetes del Banco de á 500 rs. Los autores de esta falsificación.....» (Se continuará.)

DOMINGO MARTES.



A los pies de V., caballero!

DIÁLOGO.

—¡Adios, amigo Matías!
—¡Adios, amigo Mateo!
—¡Gracias á Dios que te veo!
—¿Cuándo llegaste?—Hace días supe que estabas aquí.
¡Chico, como has engordado!
—¡Es claro! ¡Soy diputado!
—¿De la mayoría?—Sí.
—¡Me extraña!—¿Por qué te extraña?
—Nunca radical has sido.
—Hombre, el cambiar de partido es muy frecuente en España. Que el que pretenda crecer en este país amado, debe estar siempre arrimado á los dueños del poder.
—Eres muy ancho de manga y careces de conciencia.
—Pero tuve inteligencia para pillar esta ganga.
—¿Qué es ganga el ser diputado! pues, chico, no lo sabía.
—Estando en la mayoría es un negocio probado.
—¿Qué es un negocio?—¡Si tal! Yo con el Gobierno estoy; cada voto que le doy me vale una credencial.
—¿Y hablas en las Cortes?—¿Y? ¡Y tanto como hablo allí! Unas veces, digo sí, y otras veces, digo no.
Siguiendo estos dos caminos manejo bien los resortes, y mi destino en las Cortes es el repartir destinos.
Hice á mi primo Ramon oficial de un ministerio, y he colocado á Emeterio en el de Gobernación.
Hice al novio de mi hermana todo cuanto quiso ser, y á un primo de mi mujer lo di un destino en la Habana.
Como tan dulces presentes no salen de mis bolsillos,

he repartido estancillos entre todos mis parientes.

He dado á mis electores todo cuanto me han pedido, y empleos he repartido á amigos y bienhechores.

Con este medio,—es probado—no hay elector que se enoje, y así cuando se me antoje puedo salir diputado.

Con esto, y solo con esto mi bienestar se concilia, tengo á toda mi familia comiendo del presupuesto.

A todos servi muy bien con sueldos buenos y fijos, y siento no tener hijos para emplearlos también.

—¿Y tú, lo estás?—No, en verdad;

¡Bien lo siento!—¡Se concibe!

—Pero amigo, lo prohíbe la incompatibilidad.

Mas siguiendo mi carrera,

ó muy poco he de poder

ó al fin, llegaré á tener...

—¿Un gobierno?—¡Una carteral!

—Es demasiado pedir

y muy grande tu cinismo.

—¿Cuántos haciendo esto mismo

la han llegado á conseguir!

—Pero ¿y la idea?—No advierto...

—¿Y la fe?—No se usa hoy día.

—¿Y la honradez?—¡Tontería!

—¿Y el patriotismo?—¡Se ha muerto!

—¡Ha muerto!—Tienes razón,

y bien se nota su muerte,

que en España—¡Triste suerte!—

solo vive la ambición.

Más quierf como tú, el deber

villanamente ha olvidado,

ese no es un diputado,

es tan solo un mercader.

—¡Escucha!—¡Vete á paseo!

¡No sé lo que merecias!

—¡Eres un tonto, Matías!

—¡Eres un necio, Mateo!

VITAL AZA.



¡Así se ha quedado el infeliz!

CARICATURAS PARLAMENTARIAS.

SESION DEL 20.—Sale el Sr. Rivero á las dos y veinticinco minutos; se pone á las cuatro menos cuarto.

Un radical á otro huno (con perdón de la h).—Es claro, el hombre sale juyendo abrasao de vel que no semos mas que trenta y ocho diputados presonales los que estamos presentes.

SESION DEL 21.—Se admite en principio la enmienda al proyecto de crucifixion.

Ley de reemplazo.

Dictámen de la mayoría de la comision.

Tiene cuerda el Sr. Olave.

—Señores: Ya en otra ocasion tuve la honra de decir que no veníamos aquí á matar las quintas, porque las quintas están muertas. Venimos á dar sepultura á un cadáver...

Un oyente.—«San Isidro Labrador

muerto lo llevan en un seron.»

El orador examina los presupuestos de guerra del mundo conocido, hace cálculos, lee y recorre los pueblos de Europa, siempre pasando revista á los ejércitos; y dice que Rusia tiene en «pié de paz» 70.000 cosacos.

De todo lo cual, resulta, que la organizacion de nuestro ejército es mala.

Algunos diputados se hacen todos orejas.

Otros se hacen lenguas.

El ministro de la Guerra (haciéndose el chiquito).—Aquí se ha venido llamando quinta á todo servicio que no sea voluntario, y es preciso clarear el sentido de las palabras.

El señor duque de Veragua.—Si S. S. piensa extenderse mucho habrá que estirar la sesion.

El Sr. de Fernandez.—No tengo inconveniente en dejarlo para mañana.

Varios ministeriales.—(¡Qué lástima! Habiera hablado tambien de los cosacos.)

SESION DEL 22.—Continúa presidiendo de cuando en cuando el Sr. Rivero.

El diputado Pinedo.—¿Qué hay de la acusacion del ministro Sagasta? ¿Qué hay de incompatibilidades?

El Sr. Rivero (aparte).—(Pasemos por alto la historia de Sagasta.) Señor Pinedo, todo está como la parma é la mano.

El conocido Sr. Moran (D. Valentin) como individuo de la comision, declara que están resueltos todos los casos que se han presentado.

Un aficionado á las bellas letras parlamentarias.—(No haria más el aceite de bellotas.)

El general Fernandez de Córdova, vulgo ministro de la Guerra, reanuda el discurso del dia anterior, referente á la ley de reemplazo.

Resúmen.—¿El Sr. Olave cree que hay muchos oficiales? pues nequaguam.

El Sr. Olave.—Yo quiero que los que están peleando en el campo, vengan á descansar al lado de la estufa de un ministerio.

El Sr. Ministro.—Parece como que el Sr. Olave aprovecha todas las ocasiones posibles para ocuparse del discurso que pronunció el Sr. Ruiz Zorrilla, y para hacer resaltar una inconsecuencia que no existe... Yo no sé si el Sr. Olave es tan puntual en cumplir sus compromisos para con...

Uno, por lo bajo.—De, por, sin, sobre.

El Sr. de Ministro.—Con sus electores.

El Sr. Olave.—Mis electores no me conocian personalmente sino en espíritu.

Una voz.—(A eza puerta yamo yo.)

El ministro Fernandez.—Si se presenta S. S. en Navarra, en otras elecciones, no tendrá ni un solo voto.

Un radical.—(¡Rabial! ¡Rabial! ¡Rabial!...)

Otro radical.—(¡Caramba, lo que nos divertimos!)

La sesion termina con un discurso melifluido del Sr. Merelo, y con la noticia de que un Sr. de Caña y Gamero ha presentado su credencial.

SESION DEL 23.—Se traspasa esta sesion.

SESION DEL 24.—Entran en el salon hasta sesenta diputados y algunos céntimos, y se sientan.

El Sr. Rivero.—Ze levanta la zesion.

Un grito desde la tribuna.—(¡Que vienen los carlistas!

Los representantes desaparecen.

SESION DEL 25.—Merced á una circular del Sr. Rivero, acuden al Congreso hasta 126 diputados con sus correspondientes votos.

El presidente.—¡Radicales!... ¡par!...

El acta de la sesion anterior se aprueba en votacion nominal, para que conserve la patria reconocida los nombres de sus más celosos padres.

El señor ministro marítimo lee un proyecto de ley, organizando el resguardo.

El general Nouvilas esplanu su interpelacion referente á la guerra de Cataluña. S. S. pone al ministerio como un rico trapo, y anuncia, con el *Zaragozano*, grandes tormentas.

El ministro inter-pelado.—No puedo consentir que nadie me toque á los generales Baldrich y Gaminde. El primero ha sabido levantarse desde la humildad de su origen hasta uno de los más envidiables puestos de la milicia: y con respecto al señor Gaminde, á no ser por sus transiciones, ¿qué tiene que decir de él ninguna persona?

Los radicales se muestran muy *aficionados*.

S. E. continúa, despues de hacer abortar á sus ojos, que se hallaban preñados de lágrimas.

S. E. de la guerra.—Pues, ¿y los voluntarios? ¿Por qué ataca el Sr. Nouvilas á los voluntarios? ¿Pueden hacer más, voluntariamente?

(Cabezadas á la deracha.)

El general Fernandez.—Y que los carlistas no pueden estarse quietos. Se dice que vagan por aquí, que sacuden por allá... ¿Y qué? ¿Vamos, y qué? En alguna parte tienen que estar los carlistas.

El señor presidente.—Tengo el honor de prezenstar á uztedez al señor Cañaz, diputado electo...

Un radical instruido.—Tengo el honor de saludar á la segunda parte de nuestro lema...

Otro radical tocando las palmas.—«Tengo y tenia unos calzones blancos de cotonia.»

La sesion termina con una ligera rectificacion del Sr. Olave, y una réplica del inteligente aficionado á la milicia Sr. Merelo.

SESION DEL 26.—Se reciben diputados y apuntes para esta sesion.

EDUARDO DEL PALACIO.



Ya empezamos.

EL LENGUAJE.

Sin el principio consolador de la perfectibilidad humana, base y fundamento de la filosofía, yo—lo declaro con franqueza,—me sentiría inclinado á dispensar los errores de los escépticos, al ver el uso que de continuo hacemos del lenguaje.

La facultad de comunicarnos los pensamientos por medio de la palabra, es indudablemente el dón más precioso del hombre, y no sé si decir otro tanto de la mujer; y aquel que más nos distingue de los irracionales. Pero no es también ciertísimo que al concedernos Dios tan inmenso beneficio, nos obligaba á usar de esta propiedad con las limitaciones que la moral y la ley establecen en el uso de todas las propiedades?

Sin embargo, el hombre, ó la mujer, ó los tres juntos, inventaron la mentira, y hoy el lenguaje sirve para decir, no lo que pensamos, sino lo que deberíamos pensar. Hé aquí por qué tengo yo fé en la perfectibilidad del humano linaje; si hoy decimos lo que deberíamos pensar, mañana es muy posible lleguemos á decir lo que pensamos.

Y si no, ahí va la prueba.

La sociedad, mejor dicho, el comun de las gentes, gusta de emplear frases ya hechas y admitidas sin exámen por todo el mundo, con tal de no tomarse el trabajo de meditar un momento lo que se dice.

Así es muy corriente oír:

—Eso pertenece al sagrado de la vida privada.

¿Vida privada! ¿De qué? ¿En qué? ¿Por qué?

Si Vd., lector benévolo, es padre de familia, y tiene entre sus hijos una muchacha casadera, linia y fresca como una rosa, á quien más de un amartelado galán haya declarado de palabra ó por escrito su *atrevido* pensamiento, á buen seguro que si el galán es de pacífica y casamentera condición y manifiesta á Vd. el deseo de llamarse su hijo, Vd. cuidará muy bien, despreciando el sagrado de la vida privada, de averiguar si el pretendiente es honesto en sus costumbres, comedido en sus deseos, honrado en su conducta; y de resultar que tiene queridas, ó juega, ó es un tunante, Vd. le dará con la puerta en las narices si reitera en su pretensión.

Cada momento encontramos en la calle ó en sociedad personas de quienes por un simpático interés, ó sólo por curiosidad, deseamos enterarnos, y si tenemos cerca un amigo que conozca aquella persona, deslizamos á su oído esta pregunta: —¿Quién ó qué es ese señor? ¿Qué sabe Vd. de esa señora?

Y el interpelado, sin hacer de la santidad de la vida privada el más mínimo caso, nos contesta:

—Es una persona muy decente; ó ¡no está mal pez ó mala trucha!

Generalmente la trucha no es pez, cuando con estos nombres se designa á una persona: otra inconsecuencia del lenguaje corriente.

Mas donde se demuestra la contradicción en que incurren constantemente los defensores de la vida privada, es en el siguiente ejemplo:

Supongamos que existe una persona dotada de bellísimos sentimientos, que por satisfacer las exigencias de su noble corazón, dedica á la caridad gran parte de sus rentas ó del producto de su trabajo. Siendo tal como nosotros la suponemos, esta persona no irá pregonando los beneficios que dispensa, por el contrario, pondrá todo su anhelo en ocultarlos.

Pero al fin todo se sabe, y aquella persona recibe, en el concepto de los demás, el galardón de sus virtudes, y cuando se habla de ella todos exclaman:

—Es un santo ó una santa; ¡qué hermoso corazón!

Toda nuestra vida, nuestros esfuerzos todos, se dirigen á conseguir la simpatía y el aprecio de los demás, y no precisamente por lo que hacemos cuando la careta de la educación oculta al mundo nuestro proceder y nuestros sentimientos, sino cuando obramos por nuestra cuenta en el seno de la vida privada.

La santidad de la vida privada, si pudiera ser otra cosa más que una frase sin valor alguno, produciría un resultado: que el hombre honrado no pudiera distinguirse del tunante, ó lo que es peor, que el tunante gozara por punto general de más crédito y consideración que el hombre honrado.

¿Vá diciendo á gritos, el que es jugador, ó caballero de industria, ó aficionado á la bebida:

—Señoras y caballeros: yo soy esto, ó lo otro?

No, lo que dice á todas horas aun cuando haya entre los circunstantes personas que le conozcan:

—Yo soy una persona decente.

Y al decirlo, si no lo cree, por lo ménos experimenta un consuelo, que sería muy cruel negarle.

¡Ahí si todos los que proclaman su hombría de bien llegasen á creer en ella, no habría tantos tunantes en el mundo.

Paso por alto otra porción de frases y locuciones empleadas todos los días sin que los que las pronuncian sepan siquiera lo que dicen, y voy á otra cosa.

Se habla mucho de la hipocresía de nuestros padres, cuyas levísimas costumbres les obligaban á mentir respetos que en su corazón no existían.

Francamente, me admiro de que tal cosa se diga.

¿Dónde hay nada más ridículamente hipócrita que ese lenguaje y esas costumbres que sanciona y exige lo que se llaman buena educación y conveniencias sociales?

Cuando leo los clásicos autores del siglo de oro de nuestra literatura, envidio aquella libertad, aquella espontaneidad del lenguaje, que dá á cada cosa el propio nombre que le corresponde.

Si hoy se atreviera uno á decir en cualquier parte:

—Doña Fulana está preñada.

Valgame Dios, los dengues que harían las señoras que lo oyeran!

Y sin embargo, nada más natural que Doña Fulana esté preñada, porque para eso se casó, para cumplir el precepto divino: *crecete*, etc.

Ahora bien, digan Vds.:

—Doña Fulana está en cinta, ó se halla en estado interesante.

Lo primero no es ni castellano pero es muy bonito. Yo creo que una mujer en el respetabilísimo estado á que aludo, debe inspirar una frase distinta de: «está en cinta», y en cuanto á hallar interesante á una pobre mujer que experimenta las molestias de la preñez, cuyos dolores se revelan en su rostro opaco y ojoso, es todavía más fuerte.

Mas dejemos esto, no se vaya á poner nerviosa alguna apreciable lectora nuestra; diga Vd. refiriéndose á la conducta que piensa observar en este ó en el otro asunto.

—Voy á obrar.

Pues bien, es seguro que, una sonrisa epigramática circula por todos los labios de sus oyentes.

Usted se ha expresado perfectamente, pero desde que se le ocurrió á uno emplear este verbo en vez de otro muy castizo que designa una acción indispensable á la vida, el verbo obrar se ha inutilizado por la dirección tan occidental como poco perfumada que se atribuye á su significado.

Voy á concluir; en este terreno iríamos muy lejos, y antes de despedirme de mis lectoras con la frase de:

—Estoy á los pies de Vd.

Se me ocurre preguntar á sus maridos:

Si me en encontrarán, que no me encontrarán, porque soy un joven inofensivo, verdaderamente á los pies de sus señoras, aun cuando sólo fuera para conocer si eran andaluzas ó guipuzcoanas, ¿no es verdad que le romperían algo á su afmo. y S. S. Q. B. S. M.

ANDRÉS RUIGOMEZ?

LOS MAGYARES.

(Continuación.)

Empeza á sentirse algo indispuerto.

Continuó hablando, y entre la emoción que el enamorado joven sentía al verse junto á la actriz que le trataba con familiaridad, y el mareo que le había producido el puro, sudaba y se estremecía de vez en cuando.

—¿Está Vd. malo? le preguntó ella.

—No señora, no, dijo temiendo perder aquella ocasión de intimar con la actriz.

Llamaron á esta para ensayar, y mientras estuvo cantando á media voz con la primera tiple el bolero de *Los Diamantes*, Cándido se sintió verdaderamente malo. Un sudor frío inundó su frente.

Cuando ya se había decidido á salir del escenario hasta sin despedirse, para ver si con el aire se mejoraba, volvió á su asiento Carolina, é iba á decirle que se sentía algo mal, cuando sin poderlo evitar, la puso el vestido como nuevo.

Carolina dió un grito, acudieron todos, y Cándido al verse rodeado de tanta gente, se desmayó.

Antonio, que se había acercado el primero, comprendió que había sido el cigarro la causa del mareo, y se echó á reír.

—Hombre, riase Vd. por la gracia, exclamó la tía de Carolina; le ha echado á perder el vestido ese animal.

—La compraré otro, señora, dijo solemnemente Antonio.

La tía, humanizándose al oír esto, empezó á hacer aire á Cándido, que volvió al fin en sí, y no encontró palabras con que despedirse.

Al siguiente día regaló un corte de vestido á Carolina; el comerciante se lo dijo á D. Dimas, este pidió explicaciones á su sobrino, que no pudo negarlo, i Casanita tuvo otro síncope. Pasaron algunos días.

La compañía había *hecho furor*, según carta recibida en Madrid y comentada en todas las mesas del café Imperial.

La Concha, que, como hemos dicho anteriormente, era la primera tiple, *arrebato* y fué objeto de ruidosas ovaciones, con cuyo motivo, la Rodríguez, mujer del empresario, estaba llevada de todos los demonios.

Mucho, pues, había llamado la atención la compañía lírico-dramática; pero muchísimo más que de ella, ocupábase la población de hacer comentarios acerca del espectáculo que todas las noches se ofrecía en el teatro, siendo principal actor el sobrino de D. Dimas.

¡Oh amor, y cómo tienes la propiedad de hacer mudables los caracteres más fijos, y de cambiar en ligeras las cabezas más firmes!

No era ya Cándido aquel inocentón que se ruborizaba como una doncella, que no se atrevía á levantar la voz ni los ojos delante de su tío, y que se sometía al yugo matrimonial sin gustarle ni pizca la compañera que le obligaban á tomar. Cándido, en pocos días, se había transformado moral... mejor dicho, inmaterialmente.

El amor que Carolina le había inspirado, era una de esas pasiones que no admiten freno.

Ni los repetidos desmayos de Casiana, ni las reprimendas de su tío, ni los consejos amistosos de los amigos de D. Dimas, nada fué bastante á contener al desbocado manco, que aplaudía á su adorada actriz en cuanto asomaba en la escena, produciendo un escándalo en el público, ya enterado del móvil de tan intempestivo entusiasmo.

Cuando se hacía función en que Carolina no trabajaba. Cándido no iba al teatro, ó por lo ménos no salía al público.

Casiana, por no ver á su rival, no quiso asistir á una noche al teatro, y se pasaba los días llorando á lágrima viva la fábula de la población, que la compadecía únicamente por zaherir al imberbe manco lanzado en la senda de los extrateros.

Pero Cándido, sordo á la voz de la murmuración y á la de su tío, cada noche hacía en el teatro ostensibles demostraciones de su amor á la cómica, esperando con ansiedad el día de su beneficio, ya anunciado, y para el que le preparaba una corona de laurel, tres pares de palomas, y seiscientos ejemplares de una poesía escrita por Antonio y firmada con las iniciales de Cándido, impresa en papel de diferentes colores.

Anunciábase para el beneficio de la actriz la zarzuela de gran espectáculo titulada *Los Magyares*, aun no representada en aquella población, y que el público estaba ansioso de conocer. Y como en dicha obra la actriz cómica no tiene papel propio de su carácter y por la escasez de personal de la compañía se encargaba de la parte de Reina, que no quería interpretar la Rodríguez por no aparecer rebajada junto á la otra primera tiple encargada del papel principal, Carolina, con objeto de lucirse en su beneficio, cantaría en un entreacto una canción andaluza, al final de la que vendrían como de perlas las palomas, la corona y los versos.

Debemos confesar, no sabemos si en honor de Cándido ó de su adorada, que aquel no había logrado hasta entonces más pruebas de cariño que la aceptación inmediata del vestido ya citado, de una pulsera y de varios cucuruchos llenos de dulces que devoró en silencio la tía de Carolina.

Ni esta parecía dispuesta á otorgar más favores, ni Cándido á solicitarlos, porque toda aquella valentía que demostraba en sus nuevos y desusados actos de calaverismo, cedía ante la presencia de la mujer amada, creyéndose harto pagado con una leve sonrisa ó un apretón de manos, de todas las rabietas que por ella sufría, de todos los disgustos que solo por ella toleraba.

¡Ella! Esta palabra, que encierra un poema para todo enamorado, era para nuestro héroe el espíritu que le animaba en su lucha contra su tío, su prima y las preocupaciones de la población entera.

El hijo del cafetero, por su parte, le animaba á continuar la emprendida marcha.

D. Dimas esperaba que al terminar las funciones dramáticas, que debían ser veinte, y al partir la compañía, Cándido volvería en sí, olvidando al cabo de algún tiempo á aquella ave de paso en forma de tiple cómica, que había venido á sacarle de sus casillas.

Esto repetía continuamente á su desconsolada hija, y por creerlo así, toleraba, en cierto modo, los desmanes de su sobrino.

—Malo es, decía, que obre de esa manera, escandalizando á la ciudad; pero más vale que haya sucedido antes de casarse.

Si Cándido hubiera sabido que su tío pensaba así, habría respondido:

—No; no olvidaré nunca á ese ángel, y seguiré sus huellas donde quiera que vaya.

El pobre muchacho estaba lo que en término técnico se llama *amelonado*.

(Se continuará.)



Vamos á la presidencia á ver á Manolillo.

El siguiente suelto de *La Correspondencia*, está pidiendo á gritos las mangas de riego.

«Toma *nuevo incremento* la noticia relativa á probable viaje del rey á Andalucía en la primavera próxima.»

No hace aun dos meses que el Sr. Echegaray, contestando á una pregunta que había dirigido á su compañero Ruiz Gomez un Sr. Diputado, *hacía en pleno parlamento* la siguiente declaración:

«Por boca de... el Sr. Ruiz Gomez, que se halla enfermo, voy á contestar á una pregunta que se le ha dirigido; pero debo manifestar ingenuamente que *no entiendo una palabra de Hacienda*.»

Esto ya lo sabíamos nosotros.

A los pocos días el Sr. Echegaray, encargado de la cartera de Hacienda, por obra y gracia del Espíritu Santo del ministerio, ó sea el Sr. Martos, declaraba ante la Representación nacional, «que los presupuestos presentados por su antecesor,

eran muy malos, y que él se proponía m... con auxilio, sin duda, del cálculo infinitesimal.

Fuerza de la poltrona á lo que obligas,
A hacer un hacendista en ocho días.

El Sr. Merelo se ha declarado paladin de la ley de reemplazos.

Esto no estrañará á nadie, al saber que el Sr. Merelo es Subsecretario del ministerio de Estado.

Debemos hacer justicia, sin embargo, á su modestia, que le obligó á declararse en el Congreso *nulamente incompetente* en la materia.

Y en prueba de nuestra imparcialidad, proponemos al señor Merelo, para la primera plaza de académico que quede vacante en la de la lengua.

El Sr. Mata se propone enseñar con la brevedad que exigen las circunstancias, un curso completo de *obstetricia* á los diputados que forman la comision nombrada para *asistir al parto* de S. M. la Reina.

CON MUCHA URGENCIA.

Un matrimonio extranjero que carece de simpatías en el país, necesita una persona, de ciertas condiciones, que se preste á ser madrina de lo que nazca.

Se le exime de pagar los gastos del bautizo, y se le dará en cambio el título de... sócia honoraria de la Tertulia progresista.

Hace muchos días que no se tiene noticia del descendiente de *Ala* y del rey *Minos*.

Nos tranquiliza, sin embargo, la conviccion de que el señor *Ala-Minos* no ha de haberse ido á pique, sabiendo que *capacidades* como la suya, están destinadas á flotar siempre en la superficie, como cuerpos huecos.

Don Juan Bautista Alonso, declaró en el *meeting* abolicionista del teatro Real, que pensaba contribuir con su voto á la pronta abolicion de esclavitud en las Antillas, confiando en que *Dios se lo tendría en cuenta como mérito para la otra vida*.

Los maestros de escuela, como genuina representacion de los difuntos, han dirigido una exposicion á las Cortes, protestando contra el proyecto de ley de secularizacion de cementerios.

Si no se atienden sus ruegos, el Sr. Ruiz Zorrilla podrá exclamar, á semejanza de D. Juan Tenorio:

Si buena vida os quitó,
sepultura atea os di.

LA CORRESPONDENCIA.

Correo de la noche.

«El niño estuvo malo. Ya ha estudiado dos horas en su rincón; está muy bueno y cada día quiere más á su madre.»

Si este angelito tiene padre, debe éste estar satisfecho del cariño que merece á su *arrinconado* vástago.

«A M. T.—Repito lo del día 15.»

Reflauta que ya nos lo ha dicho Vd. ocho días seguidos.

El Sr. Córdova declaró hace pocos días en el Congreso, que el Proyecto de ley de reemplazos, participa del espíritu radi-

cal que anima á la mayoría de la Cámara, en armonía con sus propias ideas que, según declaracion de S. S., son las que ha defendido *toda su vida*.

A consecuencia de este lapsus político del desmemoriado marqués, el esqueleto del duque de Valencia ha dado un respingo en su ataud, poniéndose boca abajo.

Regamos al ayuntamiento de esta capital, haga la caridad de trasladar á otro sitio la estatua de Cervantes, que en la actualidad se eleva en la Plaza de las Cortes, pues la pobre pasa muy malos ratos desde que aquellas reanudaron sus sesiones.

Sabemos de buena tinta que el oxidado metal que la forma, se animó, no ha muchas tardes, al oír decir á un diputado que se declaraba *nulamente incompetente*, dejando escapar un ¡ay! lastimero, que hizo ponerse coloradas á las páginas de *Don Quijote*.

ANUNCIO.

Almacen de obleas.

Se recomienda su uso al gobierno, por ser muy á propósito para *pegar* diputados, á fin de tener una mayoría compacta en ciertas cuestiones, sobre las cuales no se halla muy unida.

Para el caso de que nuestro gran surtido no bastara á las necesidades del ministerio, tenemos á prevención un número considerable de maestros de escuela, cuya transparencia, unida á la parte gelatinosa de sus huesos, única cosa que les queda en el cuerpo, los hace muy á propósito para suplir á las obleas con ventaja.

Sal si puedes, ¡y Ave-María, 8 darán razon.

El Sr. Rivero ha dispuesto, que se eche liga en el salón de sesiones, á ver si de este modo logra reunir los 70 diputados que exige el reglamento para constituir sesion.

«Ha salido para su destino, el gobernador de Córdoba, señor Zapatero.»

¡Zapatero, y Gobernador! Digan ustedes ahora, que no es democrática la situacion.

«En Almería está declarado en huelga el gremio de zapateros.»

Suponemos que el gobernador, antes dicho, dejará vacante su destino.

«El rey ha manifestado deseos de marchar á Cataluña.»

¡Esc! ¡eso! que marche..

«Un joven de 30 años de edad, desea colocarse de *cobrador*...»

¡Yá lo creo! Esa colocacion á cualquiera le gusta.

«En uno de los cementerios de Madrid, han sorprendido los agentes de la autoridad, mil cartuchos.»

¡Cielos! ¡Si estaremos seguros! ¡Hasta los muertos tratan de sublevarse!

Todavía no se ha averiguado si será infante ó infanta.

¡Parece increíble!

REFRANES.

Zorrilla en Tablada, y Dios en la de todos.

Más vale poltrona en mano, que la Isla de Cuba volando.

Al buen callar, Cisa no se puede llamar.

De D. Amadeo me libre Dios, que del aceite de bellotas me libraré yo.

En casa del maestro de escuela, no hay que nombrar á los radicales.

En boca de Beranger, no entran moscas.

CHARADAS

Primera adverbio francés,
segunda, flor muy en moda,
prima y tercera papel,
y el todo soldado en boga.

2.ª

Primera, letra; segunda,
puesta despues de la cuarta,
es lo que dice el gallego
cuando reza y lo declara;
tercera, con cuarta y quinta,
suele ser quien vende y gana,
y el todo contiene un dulce,
y es de china ó porcelana.

3.ª

La primera, en la Gramática;
segunda y tercera, en la calle;
tercera y cuarta, en la tienda,
y en la falda, ó en el traje;
y el todo, hállalo en el Mapa,
que es un nombre venerable,
y hace veces de apellido
de un pueblo de España, y grande.

4.ª

Media madre y medio padre
componen esta charada;
el todo le tengo siempre
colgado por sus dos asas.

5.ª

Si un pendon, como mi todo,
fuera de mi patria ensaña,
un don Lesmes, de apellido
que forman dos y primera,
se asustaría, porque es
reaccionario de veras.

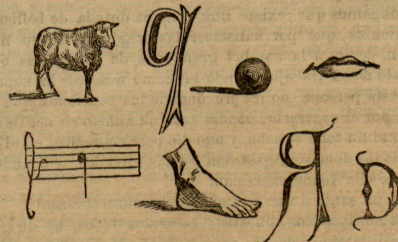
FUGA DE VOCALES.

n V.n.c.. h. s.d. d.q.
n t.l.l. c.r.d.n.l
n sp.n. d. s.r.g.n.t.
h. s.l.t.d. g.n.r.l
(S.ñ.s d. .r.)

FUGA DE CONSONANTES.

E. .e.e.i.a .e .i.o .u.u.e
y e. l.a.i.a .a.e.a.
y e. E.a.a .e .a.e.o
e .a.a.o .a.e.e.a.
(La solucion en el número próximo.)

GEROGLÍFICO.



(La solucion en el número próximo.)

Solucion al Geroglífico del número anterior.

Hasta la leña en el monte
tiene su separacion;
una sirve para santos,
y otra para hacer carbon.

MADRID, 1873.—Imprenta de Julian Peña,
calle del Olivar, 22.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Se publica cuatro veces al mes, y cada número consta de 16 páginas en folio, con grabados en 8 de ellas, inmejorablemente impresos sobre papel superior.— Cuando las circunstancias lo exigen se publican suplementos, gratis para los señores suscritores. El texto y los grabados son generalmente de los más distinguidos escritores y artistas.

Director propietario: DON A. DE CARLOS.

Precios de suscripcion.—Madrid: un año 35 pesetas; seis meses 18; tres meses 10.

Provincias: Un año 40 pesetas; seis meses 20; tres meses 11.

Extranjero: Un año 54 francos; seis meses 26; tres meses 10.

Islas de Cuba y Puerto-Rico: Un año 12 pesos fuertes; seis meses 7.

Filipinas y Américas: Un año 15 pesos fuertes; seis meses 8.

Se suscribe en la Administracion de EL GARBANZO, calle de la Magdalena, núm. 19, principal izquierda.

Perteneciendo á esta misma empresa el periódico de señoras titulado LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, que cuenta ya treinta y un años de existencia, se hace una rebaja de 25 por 100 en el precio de LA ILUSTRACION, á los que tomen ambas publicaciones.—Tambien se suscribe en la Administracion de EL GARBANZO.—Se remiten prospectos y números de muestra, gratis, á todo el que los solicite.